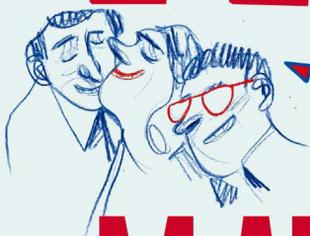




LUCIANO
LUTEREAU



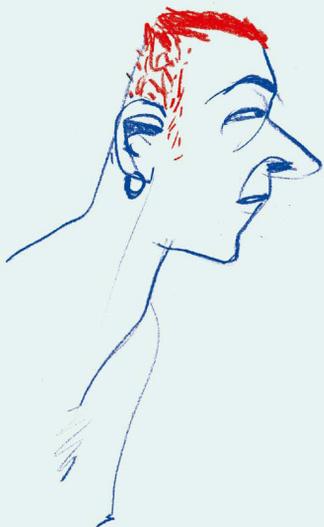
ADIÓS



← AL →



MATRIMONIO



**PAREJAS
EN BUSCA
DE NUEVOS
COMPROMISOS**



PAIDÓS

Adiós al matrimonio

Parejas en busca de nuevos
compromisos

Luciano Lutereau

Prólogo

La pareja es el “gran” problema del siglo XXI. Ya sea por la inestabilidad vincular que varias personas testimonian, o bien por las opciones de relación que surgieron en los últimos años y que no se basan en la pareja.

La inestabilidad vincular, por ejemplo, se reconoce en la creciente tendencia a la seducción sin compromiso, pero también en las que de un tiempo a esta parte se llaman “parejas tóxicas”. Por el lado de las opciones de pareja, no me refiero solo al poliamor, o a las parejas nombradas como “abiertas”, sino también al reconocimiento del lazo de amistad como erótico.

Que hoy hablemos de lo “sexo-afectivo” demuestra que la palabra “pareja” es solo un pequeño ítem o posibilidad de lo que puede unirnos a otra persona. Ahora bien, ¿por qué digo que la pareja es un “gran” problema, si más bien podría decirse que hoy somos más libres que cuando la única vía era la del matrimonio en la temprana juventud?

Es que la libertad siempre trae problemas, ya que nos obliga a tomar decisiones que antes eran impensables, lo mismo que asegura nuevas responsabilidades. En una época de transición como la nuestra, creo que vivimos aún en el desconcierto y que todavía no logramos estar a la altura de nuestra nueva capacidad de explorar el amor.

Este libro es una pequeña contribución, desde mi perspectiva como psicoanalista, para aquellos que hoy sufren porque

quieren estar con alguien y no encuentran que otro quiera lo mismo que ellos; para aquellos que no saben estar solos, o bien construyeron vínculos dependientes cuyos efectos descubrieron tardíamente, a veces con dolor; para aquellos que, en pareja, quisieron probar otras opciones y se encontraron con el efecto de tener que resolver malentendidos; para aquellos que lastimaron o fueron lastimados y quieren pensar algo de lo que les pasa, para comprender(se) antes que juzgar(se) y para muchos más, porque este libro –en definitiva– es para todos aquellos que sabemos que, en el amor de este siglo, ya no alcanza con decir “marido” y “esposa” ni “hasta que la muerte nos separe”.

* * *

Si consultáramos libros clásicos de terapia de pareja (de mediados del siglo XX), veríamos que en ese entonces lo más común era que consultaran matrimonios que luego de varios años (¡décadas!) se preguntaban: ¿cómo seguir juntos? Hoy en día, la pregunta es: ¿podemos estar juntos? Lo demuestran los casos cada vez más habituales de personas que llegan a la consulta con apenas unos pocos años juntos, o apenas unos meses... si no unos días, como en la ocasión en que recibí en mi consultorio a una pareja de un hombre y una mujer que se habían conocido en unas vacaciones y, como vivían en diferentes países, iniciaron una relación a distancia que, al poco tiempo se entorpeció por los celos y las peleas constantes a través de llamados telefónicos compulsivos. En mi consultorio, después de las dos semanas que habían compartido en un país que no era el de ninguno de los dos y las tres veces que habían viajado para visitarse, fue la cuarta ocasión en que se encontraron.

En la actualidad no solo se consulta cada vez más temprano, sino que también llegan consultas que son hijas de nuestra época, signada por el impacto del feminismo. Por ejemplo, hace un tiempo recibí a una mujer que consultó porque tuvo una

importante oferta de trabajo y su novio no se lo bancó. Al principio ella se enojó, sintió que él no la acompañaba, incluso fue a ver a una referente del espacio de mujeres del que participa y, curiosamente, esta le respondió: “No metas al feminismo en este quilombo que no tiene nada que ver” y le sugirió que consultase a un analista, quizás porque notó que había recurrido a ella para que otra mujer la justificase. Después de escucharla, pensé que el suyo, hasta hace un tiempo, era un conflicto típico de los varones: la tensión entre la realización pública y el deseo en la vida privada. Esa palabra usó ella –“deseo”– para referirse a que nunca había pensado el amor como algo que pudiera estar de otra forma que supeditado a su vocación. Me pregunté: ¿serán muchas (o cada vez más) las mujeres que hoy viven conflictos que antes pensábamos como “masculinos” porque los vivían principalmente varones? Y si el conflicto no es masculino, sí lo es responder en términos de renuncia: tiene que limitar su vida laboral si no quiere perder su amor. Incluso contaba esta mujer lo tonta que se sintió por siquiera pensar algo así, en un contexto en que otras mujeres le decían que él era un egoísta –yo pensé: la envidia nunca tuvo género–. Por suerte, su referente fue más inteligente y sensible; es como si le hubiese dicho: no uses el feminismo para hacerte una visión conformista del otro y fijate qué deseo se te juega. En eso estamos, porque su análisis continúa y, eventualmente, ha venido a la consulta con su pareja. Aprendo mucho del dolor al escucharla, de cuánto cuesta hacerle lugar a un “nosotros” cuando –para cierto sector social– es más estable la carrera individual a la que el otro se acomoda o... adiós.

Por otro lado, también en esta línea de razón de época, creo que hay otra coordenada en la que podemos estar de acuerdo: en el siglo XXI el deseo de hijo no surge siempre en una pareja. En muchísimos casos, ocurre que las mujeres, después de los 30 años, se encuentran con que tienen que ver qué hacen con eso. ¿Me equivoco? Hace cuarenta años (según estadísticas que

cualquiera puede chequear en Internet) la edad promedio para tener hijos era de 23 años. Esto cambió. Hoy son muchas las mujeres que, post-30, no están en pareja y se preguntan qué hacer. En particular, pensemos algunos escenarios:

1. La mujer que se decidió a avanzar con ese deseo y después conoció a alguien, ¿por qué haría de ese otro un padre? Puede ser que con el tiempo lo sea, quizás no quiera él, tampoco ella; quizás quieran ser pareja y no padres juntos.
2. La pareja reciente que se decide a avanzar con ese deseo; sin embargo, no llegaron juntos a la decisión y, por lo tanto, viven cosas distintas, con la ansiedad de querer lo mismo, pero que no sea de los dos.
3. La mujer que está en una relación y decide continuar en ella debido al proyecto de un hijo; antes que el por el deseo en la pareja, por lo que a veces alguien llama “la fiaca de volver a conocer a alguien a esta altura” o el miedo a “empezar de nuevo”.

Estos son escenarios que para Sigmund Freud hubieran sido impensables, que no se tienen en cuenta en su elaboración del origen del deseo de hijo, que modifican incluso nuestra idea de filiación (cuando, por ejemplo, hoy es posible planificar embarazos). Es un tema que resulta importante pensar bien: en las páginas de este libro también dedicaré algunas observaciones a las funciones parentales. En todo caso, aquí me importa destacar que un deseo implica atravesar decepciones. Quien no quiere decepcionarse, no avanza con el deseo. Realizar un deseo es lo contrario de que se cumpla y, para explicar este punto, quiero decir a continuación algunas palabras sobre los “hechos”, la realidad y respecto de que el psicoanálisis es una experiencia para pensarnos a nosotros mismos de manera crítica y reflexiva.

Hay un modo básico de pensar la relación con la realidad: los hechos ocurren y solo se trata de percibirlos. Así es que hay quien dice “Los hechos son los hechos”, pero ¿es lo mismo que esta frase la diga el filósofo Aristóteles o la utilice un tirano como Stalin? En este punto, el recurso a los hechos puede revelar no solo intenciones diferentes, sino que esos mismos hechos se pueden modificar en función de quien hable.

Los psicoanalistas pasamos una buena parte del día escuchando hechos; pero ¿qué escuchamos en el relato de los hechos? A quien habla, sobre todo para situar la relación íntima que tiene con la evidencia: ¿necesita los hechos para justificar alguna acción? O, tal vez, ¿los requiere para que se reconozca un dolor que aún no se puede nombrar de otro modo? Esto no quiere decir desconocer la realidad de los hechos, porque incluso un tipo de relación con la evidencia es la expectativa de que esos hechos sean indubitables. Esto es lo que, por lo general, llamamos “verdad”. Hablar para decir la verdad también es un tipo de enunciación y un modo de hablar. En efecto, los “discursos de la verdad” organizan una parte importante de nuestros discursos cotidianos y, por cierto, con este tipo de pretensión es que hicieron de la realidad algo bastante aplastante y cada vez más enloquecido.

En cualquier lugar, siempre hay alguien dispuesto a hablar para decir cómo son las cosas, si no cómo deberían ser. El pensamiento devenido consigna, eslogan o tuit que baja línea es el pan de cada día en nuestra sociedad. Y en este concierto de verdades que se vociferan, se pierde la dimensión de la palabra, la pregunta por quién habla, por cuál es su posición respecto de lo que dice; hoy en día se habla y se habla, se repiten frases más o menos ingeniosas, pero nadie escucha. Cada quien se pronuncia con verdad y espera adhesiones, que se nos crea por el solo hecho de hablar, mucho más si esa verdad se comunica con

indignación; pero a nadie se le ocurre pensar que la verdad se puede decir para seducir, para lastimar o, incluso, para mentir.

Si escuchar es el primer paso del pensamiento, para restituir el carácter de diálogo de la palabra –para no olvidar que hasta la verdad supone a alguien que la dice–, pienso que el psicoanálisis es una práctica en la que no se puede afirmar livianamente que “los hechos son los hechos”. A veces se dice que el psicoanálisis busca responsabilizar “de más” a las personas, que se “hagan cargo” de los hechos (por ejemplo, sus fracasos en el amor); pero no creo que esto sea así, porque esta actitud sería equivalente a decir: “Estos son tus hechos” –otra versión de “los hechos son los hechos”–. Más bien creo que el psicoanálisis interroga los hechos, no para ponerlos en cuestión, sino para buscar a quien habla.

Por ejemplo, hace unas semanas un amigo tuvo una entrevista laboral. Estaba algo decepcionado, porque le dijeron que esperaba cobrar mucho y no estaba tan capacitado. Cuando me lo contó, con tristeza, se me ocurrió decirle que de la misma manera podría decirse que los empleadores habían dicho que querían pagar menos por un especialista, es decir, que su propuesta decía algo sobre ellos y no solo sobre él. En este punto, él me comentó que no lo había pensado. Por cierto, si lo estábamos hablando era porque constituía el principio de empezar a pensarlo. Entonces, mi amigo me contó algo que otras veces ya habíamos charlado: que la decepción es un modo en que él reconoce los hechos, que es cuando se siente triste que logra tomar ciertas decisiones, no siempre las mejores.

Mi amigo no es la única persona que conozco que necesita sentirse desechable para, luego, tomar algún tipo de decisión. Mi amigo se enoja, pero una mujer que conocí hace unos años, me contó otra situación. Ella hablaba de su pareja, de que le molestaba que él llevara el teléfono al baño, porque no podía dejar de pensar que la estaba “cagando”. En este punto, independientemente de lo que él hiciera con el teléfono, lo cierto es

que los celos de esta mujer eran una buena manera de no saber que él “cagaba”, aunque lo supiese de manera consciente, pero eso no vale nada. Ahora bien, la pregunta en este punto es por qué ella responde con un síntoma –que el otro la desprecia– cuando siente que su pareja está en otra: ¿no es ir al baño uno de esos actos solitarios en los que la relación con otro necesita un compás de espera?

En este punto, me importa decir que las dos referencias anteriores no valen porque hablen de tal o cual cosa; justamente, no dicen nada sobre hechos, ni sobre las personas que los narraron; más bien atraviesan los relatos para ubicar cómo la palabra, cuando se presta al diálogo, desagrega lo sucedido para establecer el modo en que una vida no se cuenta a partir de detalles íntimos.

Podemos hacer de nuestros días una reflexión permanente acerca de “hechos”, a los que podemos calificar de “objetivos”, también como “íntimos” y, por ejemplo, darles el valor de explicación de quiénes somos y qué vivimos. Sin embargo, si nuestra identidad es algo más que un conjunto de presunciones acerca de quiénes creemos que somos, es porque –de vez en cuando, el psicoanálisis es una de esas oportunidades– podemos dar un paso más allá de los hechos y recuperar una voz que, como en la canción de Joaquín Sabina, es capaz de decir: “Esta boca es mía”.

En este libro, decidí incorporar las voces de muchas personas que me escribieron en este tiempo sobre cuestiones de pareja. No solo comentaré casos de mi práctica, sino que incluiré los testimonios de algunas personas que, en este tiempo (a través de la radio, la televisión o mis columnas en diferentes diarios y revistas) se comunicaron conmigo para que les diga algo o utilice su experiencia como punto de partida para reflexionar, dado que a veces lo que le ocurre a alguien es común con la vida de otros. Así es que cada capítulo contará con una primera parte de exposición teórica y, luego, vendrá la parte

en que le haremos lugar a la escucha, como si estuviéramos en un consultorio abierto. Confío en que esta será la vía para que consigamos comprensión conjunta (autor y lectores) y vayamos más allá de la intelectualización, para imaginar horizontes vitales compartidos.

Este prólogo no escapa a esta dinámica; por eso, para concluirlo comentaré un caso que brinda una reflexión sobre el amor en el marco de la pandemia que asoló al mundo en los dos últimos años.

* * *

Elías (43 años): *Estoy en una relación hace un año, nos conocimos en la pandemia y, durante los primeros meses, la pasamos súper. Fue como despegar en un avión, al poco tiempo empezamos a vivir juntos, por las restricciones y porque había algo de resistir en apostar al amor, hicimos de la cama una trinchera. Lo que te quiero consultar es algo muy puntual: ¿conocés casos en que después de un primer momento muy arriba, la cosa se empieza a pinchar? Yo me siento un tipo grande, no creo que nuestro caso sea como el de un enamorado que de golpe se despierta y ve la realidad, porque además estamos bien, venimos hablando con ella de este asunto, pero hay algo que cambió. Por ejemplo, nos preguntamos si seguir conviviendo, si no fuimos efecto de las circunstancias y, ahora que hay que ir retomando la vida “normal”, queremos cuidar lo que tenemos y no ser negadores, nos falta conocernos un montón y ya tuvimos ciertas peleas que muestran que algo tenemos que hacer y no forzar. Gracias por lo que puedas decirnos.*

Es un placer recibir un mensaje como el de Elías. Primero, porque denota una gran madurez en el modo de plantear aquello que lo aqueja; no digo que sea maduro por lo que le pasa, sino por la actitud reflexiva que puede tener ante los “hechos”. En segundo lugar, me gusta que su texto no habla solo por él, sino que nos introduce en el diálogo que tiene con su pareja

y este es un factor importantísimo: a veces, cuando alguien habla de su pareja, puede ser que lo haga con la más completa ajenidad y ahí uno se pregunta hasta qué punto hay una pareja en juego en esa relación, o no. El mayor indicador para evaluar la condición vincular de alguien no es el tiempo que pasó junto a otra persona, sino si es portavoz de un discurso dialógico. Y esto, en el caso de Elías, es claro; aunque él nos diga que está en pareja hace un año (¿es mucho o poco?) lo importante es que en esa relación hay una voz colectiva.

Dicho esto, vayamos a consideraciones más específicas de su consulta. Por un lado, es interesante notar que la pregunta que formula no es la que él quiere que respondamos. Cuando plantea si conozco casos en que, después de un “primer tiempo muy arriba”, la cosa después se pincha, él ya tiene una respuesta. El problema es que no puede dejar de plantear esta inquietud sin culpa. Acto seguido dice: “Yo soy un tipo grande”, es decir, el descubrimiento de eso que ocurre en el amor le produce malestar. De alguna manera, Elías no quiere que esto le pase –o que le pase de ese modo–. Quizás siente que los años tendrían que haberlo puesto a salvo del desengaño; es linda la imagen que propone del inicio de su relación como el despegue de un avión, a toda velocidad, que luego acompaña con una reflexión: el ser efecto de las circunstancias. Detengámonos en esta expresión.

Creo que es parte también de una madurez significativa poder descubrir que mucho de lo que nos pasa es un “efecto”, es decir, que nos produce un conflicto; me parece que esta actitud es la prioritaria para no naturalizar nuestros sentimientos ni darlos por hecho y hacerle lugar a una instancia de elaboración. Lo que nos cuenta Elías es el pasaje en una pareja a algo más que una mera declaración sentimental (del estilo “Yo te amo, ¿vos me amás?”), para poder asumir la herida que implica pensar que un vínculo es una relación en que dos se sienten más bien “atrapados”. Hacer valer la rectificación amorosa es todo

lo contrario de constituir el “nosotros” que una pareja supone. Para dar este paso ya no alcanza con hacer de la cama una “trinchera”, resistencia que funciona para oponerle al mundo (con o sin pandemia) el milagro del amor, sino que es preciso hacer otro tipo de apuesta.

Me resulta muy valioso que en este pasaje, en la consolidación de este vínculo, Elías pueda ser valiente como para decir cuánto les falta conocerse con su pareja. Y creo que este extrañamiento es el que a veces algunas parejas no toleran, cuando se quedan a nivel de la pasión como razón última, cuando esperan que la pasión decida qué pasa entre ellos. Es preciso ser valiente para pensar que tal vez ahora tienen que retomar otros intereses y, por ejemplo, dejar de convivir, sin por eso interpretar ese paso como un retroceso; es preferible darse cuenta de esa frustración (y asumirla) que “forzar”. Lo cierto es que nuestra cultura hoy en día vive el amor de una manera muy forzada: quien ama todo el tiempo tiene que dar pruebas de su amor, reconocerse como enamorado; esto atenta no solo contra amores más reales, sino también contra una ética del amor, que se base en el cuidado. Pienso que la culpa que expresa el mensaje de Elías es porque se da cuenta de que le está fallando a esa moral amorosa que convierte las relaciones en un ir para adelante constante; así es que muchos se la terminan pegando o estrellando.

La nuestra ya no es la época de los amores vividos, sino la de los amores que no fueron, los que quedaron a mitad de camino, porque se fundieron, porque chocaron con inseguridades, porque no pudieron hacer de los obstáculos nuevos motores. Creo, Elías, que en este punto nunca se es grande como para despertarse; porque pienso que no te estás despertando de un enamoramiento, sino de un modelo vincular que pensó el amor como fusión y, ahora, se te presenta la chance de un nuevo amor, más dialógico y comprensivo.

Para concluir este prólogo, quiero decir que tal vez esa “vida normal” a la que planteás regresar no es la prepañadé-

mica, sino un tipo de vida que hoy les toca vivir con tu pareja; normal, no porque sea “saludable”, sino como para no huir de los conflictos, sin que estos se transformen en peleas. Me parece que esta es una excelente manera de entender qué quiere decir no ser “negadores”, porque el negador no es quien niega esto o lo otro, sino quien se niega a sí mismo la capacidad de pensar aquello que lo incomoda. En una pareja, el crecimiento no está en tener parejas que duren, que no impliquen tensiones, en las que esté todo bien. Una pareja que crece como tal es aquella en que cada uno le concede al otro una palabra capaz de modificarlo, receptiva y, a veces, dolorosa, porque no todo se soluciona con amor, pero no porque el amor no alcance, sino porque el amor es aquello con que enfrentamos lo que no tiene solución.

Con el relato de Elías les doy la bienvenida a este libro, que quisiera sea leído de acuerdo con un aforismo que alguna vez pensé y que, para mí, resume lo central de la práctica terapéutica del psicoanálisis: “Lo más simple –y difícil– no es entender lo que nos pasa, sino poder vivirlo”.